

Somos pioneros la vanguardia del mundo, del nuevo día los mensajeros. Hijos de obreros no tememos la muerte, en la ley del fuerte vencer o morir. Vamos siguiendo hacia nuevos senderos, la firme marcha de los obreros. Somos pioneros la vanguardia más fuerte del mundo obrero que ha de venir. Somos pioneros la vanguardia del mundo, del nuevo día los mensajeros. Hijos de obreros no tememos la muerte, en la ley del fuerte vencer o morir. Vamos siguiendo hacia nuevos senderos, la firme marcha de los obreros. Somos pioneros la vanguardia más fuerte del mundo obrero que ha de venir. Somos pioneros la vanguardia del mundo, del nuevo día los mensajeros. Hijos de obreros no tememos la muerte, en la ley del fuerte vencer o morir. Vamos siguiendo hacia nuevos senderos, la firme marcha de los obreros.

SEMANARIO DE LOS NIÑOS OBREROS Y CAMPESINOS

Dirección y Administración: Paseo de Pi y Margall, 132 - Teléfono 82240 - Barcelona

Carta de una pequeña proletaria italiana

Apreciados camaradas:

Es con un gran placer que hemos recibido vuestra carta. Esperábamos con impaciencia tener noticias de nuestros camaradas Rudi y Fredi. Vuestra contestación negativa me ha dado mucha pena porque los consideraba como dos hermanos, y me parece imposible que hayan sido fusilados por estos bandidos fascistas, ellos que eran tan buenos y tan valientes. Cuando oigo decir o cuando leo: «Tal o Cual han sido fusilados por los soldados de Franco», y pienso que estos que han sido fusilados son hombres como mis padres, vosotros y todos nuestros camaradas, os aseguro que odio de todo corazón estas cosas horribles que son la guerra y el fascismo.

Apreciados camaradas: No debo olvidar deciros que agradezco a los camaradas que han firmado la carta que me habéis dirigido. Ella es muestra de los pobres niños cuyos padres están en el frente para salvar sus libertades. Y me acordaré siempre de todos los jóvenes y de todos los padres de familia, aunque no conozco a todos los que han muerto en España para preparar un porvenir mejor para nosotros.

Os aseguro, apreciados camaradas, que después de haber oído hablar a mis padres todo lo que pasa en España, yo procuraré, cuando sea mayor, ser una revolucionaria como se debe.

En fin, termino agradeciéndolos otra vez, y deseo que la Revolución mundial llegue lo más pronto, desbarrazados de estos Mussolini, Hitler, Franco, etc., que siembran el terror en todas partes.

Espero que os portéis bien. Os besa muy fuerte esperando veros pronto lo mismo que a Fredi y Rudi.

Mil besos de

Odette

Los tres amigos



Erase una vez una ciudad enorme, habitada por innumerables personas. Una parte pequeña de ellas era muy rica y dominaba a todas las demás, obligándolas a trabajar para ella y dándoles un salario tan mezquino, que los más pasaban hambre con sus hijos y casi se helaban en el riguroso invierno. En aquella injusta ciudad vivían también tres amigos. Uno de ellos era un hombre viejo y sabio, que durante su vida había estudiado en todos los libros del mundo, para averiguar cómo podía transformarse lo injusto en lo justo. Habíase quemado las cejas sobre esta cuestión, y su blanca barba le llegaba, al andar, casi hasta el suelo. El segundo era un obrero que tenía que trabajar como un esclavo, en una de las fábricas de los ricos, y allí aprendía a diario cuán injusto es que los holgazanes vivan espléndidamente, al paso que los laboriosos pasan hambre. Y el tercero era un muchacho muy joven, casi niño aun, hijo de un pobre labrador que no poseía más que un campo pequeño y una cabra flaca. También Gaspar, que así se llamaba el hijo del aldeano, aprendió prematuramente a conocer la injusticia del mundo, cuando contemplaba los extensos campos y los numerosísimos rebaños que pertenecían a los ricos, y luego veía el misero pegujal y la desmirriada cabra de su padre.

Las vísperas de fiesta, el obrero, que se llamaba Melchor, y Gaspar iban con frecuencia a ver al anciano,

que tenía por nombre Baltasar. En la buhardilla de este último se instalaban y hablaban de cuanto habían visto durante el día; pero lo que discutían con más frecuencia era cómo podía edificarse un mundo justo, en que todo aquel que trabaja honradamente pueda vivir con decoro. El viejo Baltasar se ajustaba las gafas, sacaba voluminosos libros y con su auxilio quería esclarecer el enigma. Pero Melchor se reía de él, si bien bondadosamente, pues quería al antiguo amigo; se miraba los fuertes puños y decía:

—No serán tus eruditos libros, querido Baltasar, los que construyan el nuevo mundo, sino mis fuertes puños, junto con los de mis hermanos los obreros.

Pero el pequeño Gaspar, que meditaba mucho mientras labraba el campo o apacentaba la escuálida cabra, opinaba:

—Yo creo que el saber y los puños fuertes, de consuno, edificarán el nuevo mundo.

Había llegado el invierno, un invierno cruel con terribles tormentas de nieve y fríos glaciales. Los pobres padecían horriblemente y nadie quería prestarles auxilio.

Una noche llegó Gaspar corriendo a casa de sus amigos. Se sacudió la nieve de la gorra y exclamó, excitado:

—Escuchad, amigos: esta noche he tenido un sueño muy raro. He visto un mar negro e infinito. Lo barria una terrible tormenta; rayos



VIVA LA REVOLUCION SOCIAL

azules atravesaban las nubes, las olas eran altas como casas y muchos buques que navegaban por él fueron arrastrados al abismo. Me asaltó un miedo espantoso, porque de pronto me encontré, yo también, en un buque que ya inundaban las olas. Pero súbitamente se aclaró el cielo, y de una nube negra como la noche asomó centelleando una portentosa estrella roja. Cedió la tormenta y se tranquilizó el mar, que brilló azul y pacífico, pero los buques cargados de mil cosas útiles y bellas entraron en un puerto que deslumbraba por lo blanco. Y cuando bajé a tierra con los demás marineros, me encontré en una ciudad maravillosa. Allí no había casuchas miserables ni calles estrechas y sucias. Todos los hombres vivían en bellos edificios rodeados de jardines. Todos vestían bien y estaban bien alimentados, y parecían alegres y felices. Me acerqué en la calle a un hombre y le pregunté: «¿Dónde estoy?» «Estás en la ciudad feliz de los laboriosos», me respondió él. «Aquí les va bien a todos los que trabajan honradamente.» Yo me acordé de vosotros y de todos los pobres de nuestra ciudad. Y el hombre me respondió: «Sigue la estrella roja.» Y entonces me desperté.

Los tres amigos hablaron aún largo rato del peregrino sueño y de la importancia que podía tener. Gaspar dijo:

—Ahora todas las noches miraré al cielo, y cuando vea la estrella roja la seguiré, hasta que llegue a la ciudad feliz de los laboriosos. Pero entonces volveré para recogerlos a vosotros y a todos los pobres.

A la noche siguiente dijo Melchor, sin avanzar del dintel:

—También yo he visto esta noche la estrella roja.

—¡Cuenta, cuenta! — exclamaron los otros dos.

Y Melchor comenzó:

—Vi un inmenso campo vacío. Por dos lados se agitaban grandes y compactas nubes de polvo gris. Mirando más atentamente, vi que eran dos ejércitos que luchaban entre sí en el extenso campo. Un ejér-

cito iba suntuosamente equipado; sus soldados montaban magníficos corceles y disponían de todas las armas que existen en el mundo. Y al principio su número era también mayor que el del otro ejército. Pero este otro iba vestido de andrajos; sus soldados no llevaban zapatos y las armas que poseían eran muy malas. Y de pronto me encontré en medio de los andrajosos y peleando con ellos. Pero los bien vestidos nos acosaban mucho y siempre nos rechazaban. Ya empezaba yo a temer que iban a derrotarnos, cuando lancé una mirada atrás y vi que de todas partes acudían nuevos andrajosos, en número cada vez mayor, que se incorporaban a nosotros y combatían a nuestro lado. La batalla era formidable. Tronaban los cañones, crepitaban los tiros y el humo de la pólvora era tan denso, que no se podía ver nada. A mi lado caían los camaradas, y el temor no se apartaba de mi corazón. Luego se dividió de pronto el denso humo gris, y a mucha altura vi lucir en el cielo una estrella roja. En el mismo instante, los andrajosos avanzaron, dando gritos de júbilo, y los enemigos fueron derrotados. Y entonces me desperté.

—Pues es raro —dijo Gaspar— que tú también hayas visto la estrella roja.

Pero Baltasar meneó la cabeza y dijo:

—Los sueños no son más que sueños. No seáis locos, amigos, ni os arrojéis a ninguna aventura que podría costaros la vida.

Melchor quiso incomodarse, pero Gaspar dijo:

—Esperemos por si Baltasar ve también la estrella roja.

—Sí —replicó el anciano—. Si yo también la veo, estoy dispuesto a acompañaros.

Mas en su fuero interno suspiró, porque sus viejos y cansados pies temían el largo camino.

—Pero no debemos ir solos —interpuso Melchor—, pues sólo cuando todos los andrajosos se nos hubieron incorporado, lució la estrella roja y pudimos vencer.

Acordaron si Baltasar veía aquella noche la estrella roja, llevar consigo a todos los pobres de la ciudad, hombres, mujeres y niños.

A la noche siguiente, al entrar en el cuarto de Baltasar, preguntaron Gaspar y Melchor a un tiempo:

—¿Viste la estrella roja?

El viejo Baltasar asintió con la cabeza, puso la cara muy grave y hasta triste y dijo:

—Amigos, antes de referiros mi sueño, tengo que confesaros una cosa: cuando ayer hablabais de seguir la estrella roja, yo me reí de vuestros sueños, porque me daba miedo el largo viaje, el impetuoso mar y la pelea. No quise confiar en vosotros y por eso traté de retenerlos. Perdonadme.

Y el pobre y viejo Baltasar parecía tan afligido y avergonzado, que Gaspar se le arrojó al cuello y Melchor le dio en el hombro unas palmaditas consoladoras.

—Está bien, viejo amigo, no te lo tomamos a mal.

—Pero ahora cuéntenos tu sueño —exclamó Gaspar impaciente.

El viejo Baltasar obedeció y dijo:

—Subí a una alta y empinada montaña, a través de un espeso bosque. A un lado había un precipicio terrible y al otro estaban los árboles tan juntos, que reinaba una noche negra y apenas se veía a tres pasos de distancia. Crecían en la tierra maleza y raíces, y costaba indecible trabajo abrirse camino. Arriba, en las copas de los poderosos árboles, lucía en el cielo pálida y débilmente la estrella roja. Cansado y abatido avanzaba yo, apoyándome en una gruesa rama de roble que yo mismo había cortado. De pronto me asaltó un miedo invencible. No sabía qué me lo inspiraba, y sólo sentía que el corazón se me subía a la garganta y que de mi frente manaba un sudor frío. Mi camino me condujo a una cueva honda y oscura. Al pasar miré a su interior y vi una figura temerosa. Una mujer flaca y gigantesca, con garras de ave de rapina y cabeza de muerto, se alzó de la tierra donde había dormido, y de un salto se plantó delante de mí.

«¡Ah, loco!», me dijo con voz estridente. «¿Quieres seguir la estrella roja? ¿Crees, acaso, que te dejaré pasar de mi cueva? ¿O te figuras que, débil como eres, podrás vencerme? Sábetelo que yo soy uno de los monstruos más peligrosos que viven en el Bosque de la Lucha. Son miles los que en sus andanzas llegan a mi cueva, pero no han podido vencerme, y sus huesos muertos se calcinan en el bosque.» «¿Quién eres tú?», pregunté temblando. «Soy la cobardía», respondía la mujer, y mientras yo la contemplaba fué creciendo y creciendo y tomando un aspecto cada vez más terrible; tanto, que el temor me hizo perder los sentidos. En la angustia de mi corazón alcé los ojos al cielo y vi lucir, clara y espléndida, la estrella roja. De repente desaparecieron de mi co-

La ciudad
del porvenir



Ayuntamiento de Madrid

razón la angustia y el miedo, levanté mi grueso garrote de roble y golpeé al monstruo en la horripilante cabeza; pegué una, dos, tres veces. El monstruo gritó y se desplomó muerto al suelo. Pero yo seguí andando, olvidándome de todo temor y fatiga. Al cabo de un rato llegué a una fuente, me agaché y bebí de sus frescas aguas. Sobre las piedras de la fuente saltaba una aguzanieve y casi me pareció que el pajarillo se inclinaba haciéndome reverencias. Por no parecer descortés me incliné yo también. Entonces el pajarillo empezó a cantar y yo entendí sus palabras. «Buen amigo —cantó el ave—, has vencido al formidable monstruo del Bosque de la Lucha. Ahora tienes que matar al dragón que toma el sol en la roca de oro. Luego estará libre el camino para la ciudad feliz de los laboriosos.» «¿Qué dragón es ése, pajarillo?» «El dragón Capital, que desde hace siglos devora hombres y cosas sin saciarse nunca. Pero no debes temerlo. Dos armas pueden matarlo: los puños que trabajan y el saber honrado.» «Sólo tengo una de esas armas, pajarillo», dije, abatido. Pero el pájaro se echó a reír y me respondió: «Mira a tu alrededor, mira a tu alrededor.» Cuando obedecí te vi a ti, Melchor, a la cabeza de tus camaradas que avanzaban, y detrás de ellos venías tú, Gaspar, seguido de tus amigos. Entonces me dije que la victoria era segura. Seguimos nuestra marcha juntos, llegamos a la roca de oro, donde moraba el dragón, lo matamos y seguimos nuestro viaje. Cuando veíamos a lo lejos las torres y tejados de la ciudad feliz de los laboriosos, me desperté.

Los tres amigos acordaron partir a la siguiente noche, junto con todos los pobres de la gran urbe: hombres, mujeres y niños, para seguir la estrella roja. Cuando a la cabeza de una gran hueste pasaron por la puerta de la ciudad, vieron lucir en el cielo la estrella roja y la siguieron. Y todo ocurrió como lo habían soñado los tres amigos. Tuvieron que atravesar el Bosque de la Lucha y pelear con los monstruos; tuvieron que sostener en el extenso campo una terrible batalla contra los bien vestidos; tuvieron que cruzar un mar infinito y negro como la noche y estuvieron a punto de perder la vida en una formidable tormenta.

Pero cuando se encontraron delante de la ciudad feliz de los laboriosos, señaló Gaspar la radiante estrella roja y suspiró:

—Mirad, la estrella que nos ha guiado es verdaderamente nuestra estrella, pues tiene en el corazón los emblemas del trabajo: el martillo y la hoz.

Y jubilosos y alegres penetraron todos por las puertas de la ciudad.

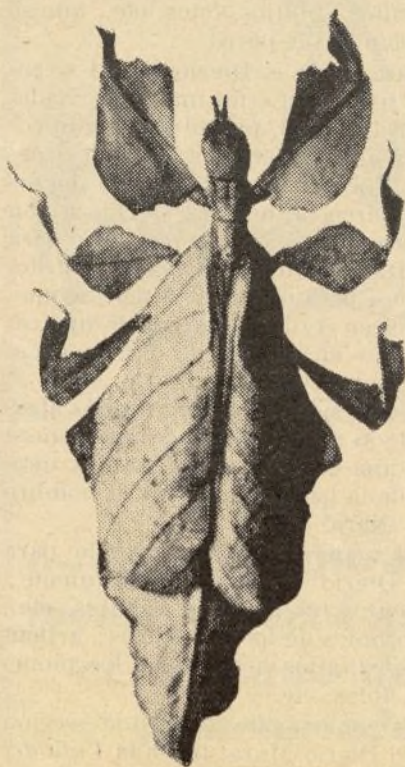
HERMINIA ZUR MÜHLEN

EL MIMETISMO



El mimetismo es el fenómeno que da la posibilidad a muchos animales de adaptarse al ambiente con fines protectores, agresivos o a veces casualmente y sin finalidad. Es una imitación del ambiente en el cual viven. Es por esta razón que las especies de animales polares son blancos; varias especies alpinas llevan también un pellejo blanco porque viven en la nieve, mientras en el verano lo cambian obscuro. Los animales del desierto, del caballo al jennet (especie de pequeños zorros que viven en los desiertos africanos), de las arañas a los lagartos, son de un color amarillento o rojizo, similar al de la arena; los animales verdes frecuentan las praderas y el bosque.

Otros, además del color, imitan a veces la forma de la natura, estos son las mariposas e insectos que tienen forma de hojas, insectos que se parecen a escamas de corteza de árboles, a ramitas, espinas, semillas o frutas, y logran con su inmovilidad escapar al ataque de terribles enemigos; otros insectos, sin defensa propia, toman la forma de gordas y peligrosas hormigas, de avispas feroces y también de animales armados potentemente.



Pero no siempre sirve el mimetismo de una manera suficiente para la defensa y poderlos esconder. El olor que ciertos animales emiten los puede hacer descubrir. A veces son descubiertos por el animal agresor a causa de la potente vista de éste. Así en los países nórdicos las liebres blancas son la presa de los blancos zorros y de los buhos blancos, y en el desierto, la rata de las Pirámides, de un color leonardo, no se da cuenta de la presencia de un fennec, igualmente leonardo, situado a poca distancia.

Reproducimos en la foto núm. 1 una mariposa de Java, la «Kallima inachis», que colocada encima de unas ramitas se armoniza, por el color y la forma, con las hojas. Les gustará a nuestros pequeños lectores descubrir la mariposa en la foto reproducida.

La foto núm. 2 reproduce un insecto de las Indias, cuyo color natural no podemos reproducir por carecer de medios tipográficos. Este parece revestido de una auténtica hoja, y colocado encima de un grupo de hojas y ramas, es imposible descubrirlo, hasta las articulaciones de las patas son oportunamente escondidas y ensanchadas.

LOS PIONEROS

Somos pioneros
la vanguardia del mundo,
del nuevo día
los mensajeros.
Hijos de obreros
no tememos la muerte,
es la ley del fuerte
vencer o morir.
Vamos siguiendo
hacia nuevos senderos,
la firme marcha
de los obreros.
Somos pioneros
la vanguardia más fuerte
del mundo obrero
que ha de venir.

Camaradas Pioneros:

Leed el «PIONERO ROJO»



En una gran ciudad del norte de Europa vivían dos pioneros, un varón y una hembra. Se conocieron en el inmenso parque de la ciudad, donde jugaban juntos con muchos otros pequeños. El era hijo de un humilde obrero, ella, todo lo contrario, de un rico señor; pero, no obstante, entre los dos niños nació una viva simpatía. El paró en un revolucionario, como consecuencia de la explotación a la cual estaba sometido. Ella sentía simpatía hacia los explotados y tenía un gran sentimiento de justicia. Cuando el fascismo triunfó en Alemania, él fué perseguido y tuvo que huir. Ella decidió abandonar todas las comodidades y seguirlo en la peregrinación a través del mundo. Caminaron por entre valles y montes, pasaron por pequeños pueblecitos y grandes ciudades. La vida que llevaban era miserable. Sufrieron hambre, pero lo preferían todo antes que sujetarse al yugo vergonzoso del fascismo.

El llevaba una guitarra y tocaba. Ella cantaba y dibujaba. Tocando y cantando lograba procurarse el pedazo de pan indispensable para no morir de hambre. Ella hacía algunos bellos dibujos que vendía en el camino.

Atravesaron media Europa y llegaron a España en busca de sol. De esta manera podrían sufrir hambre, pero no frío.

En Cataluña, donde residían, tampoco encontraron la paz deseada, pues eran perseguidos por la policía burguesa.

Continuaron sufriendo y soñando en el día de la insurrección, en el cual el proletariado tendría su libertad e instauraría un nuevo régimen de justicia y de paz. Deseaban con ansia poder volver a su país para tener un hogar. Esperaban por esto que la Revolución estallase.

Mas en vez de esto llegó el 19 de julio, cuando el pueblo español reaccionó contra la sublevación militar fascista. Se inició así la Revolución española, primera fase de la Revolución mundial.

Sus corazones se sobresaltaron, la más grande felicidad les invadió. Había llegado la hora de la lucha por la libertad y la justicia. Su sueño estaba realizándose.

Entraron en el combate con toda su pasión.

Vivían en la pequeña pero simpática ciudad de Sitges, el país de la hermosa mar y de los buenos y simpáticos trabajadores.

Puz y Erwin se alistaron como milicianos con otro grupo de jóvenes comunistas de Sitges.

Una noche de agosto se embarcaron en un gran navío, junto con otros muchos trabajadores, para ir hacia Mallorca a liberar los hermanos proletarios sujetos al yugo fascista. La música acompañó a los que se iban, tocando himnos de la Revolución. Una gran muchedumbre saludaba a los heroicos milicianos que se marchaban.

Los cantos y los vivos se alzaban a lo largo del muelle; la voz de los heroicos que marchaban y la de los familiares y compañeros que se quedaban se unía en un único eco que brotaba del mar y subía al cielo, hacia las estrellas.

Cuando todos estaban ya a bordo fué dada la orden de salida. Un ronco sonido de las sirenas de los vapores presentes dió la señal de partida. El navío se alejó del muelle en medio de los vítores de la muchedumbre. Las lágrimas mojaban los ojos de todos. Era la alegría de saber que los propios hijos, hermanos, padres, no-

Dos corazones. Dos héroes de la revolución

vios, iban a cumplir uno de los más grandes gestos de la historia proletaria.

La nave se alejó poco a poco y se perdió en la oscuridad de la noche en el vasto mar Mediterráneo.

Desapareció de los ojos de los barceloneses y se encaminó hacia las Baleares.

Nuestros dos amigos estaban en la cumbre de la alegría. Cantaban y tocaban los himnos del proletariado. Y soñaban en su país lejano que un día irían a liberar juntos con la legión roja de los heroicos proletarios.

Sus corazones rebosaban de felicidad y esperanza.

Desembarcaron en Mallorca y combatieron valientemente, pero una bala enemiga hirió gravemente a Erwin en el pecho. Poco tiempo le quedaba de vida. Puz le estrechó fuertemente contra su pecho, y los dos heroicos amantes se dieron el último beso. Él expiró, y ella permaneció firme, para vengarlo.

Pocos días más tarde, por orden supe-

rior, la isla era evacuada. Y los milicianos supervivientes debieron abandonar, contra su voluntad, la isla y sus queridos muertos.

Mas, una vez vueltos a Cataluña no permanecieron inactivos. Marcharon inmediatamente al frente de Aragón. Y con los primeros, nuestra querida Puz, que quería vengar a su compañero.

En el nuevo frente luchó como un león. Era el ejemplo para todos los otros. No retrocedía nunca, y quería participar en todas las acciones.

Un día el enemigo intentó traspasar las líneas de las milicias del P. O. U. M., pero nuestros valientes milicianos resistieron con coraje y salieron a un nuevo ataque.

Durante esta operación un miliciano cayó gravemente herido. Su cara golpeó contra la tierra, en medio del barro. Luz dejó por un instante el fusil e hizo la samaritana. Levantó al herido y lo puso de modo que resistiera hasta la llegada de los camilleros, que lo llevarían al hospital de campaña.

Pero en el momento que se levantaba e iba a empuñar nuevamente el fusil una bala enemiga la tocó en el corazón. Era una bala alemana.

No tuvo más que el tiempo de gritar: ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Libertad!

Esta última y bella palabra no la pudo terminar, porque exhaló el último suspiro.

Había terminado así su vida, luchando heroicamente y muriendo por la más grande de las causas: La Revolución Social, que ella sola puede dar a la humanidad igualdad, paz y bienestar.

Los dos héroes, a dos meses de distancia, se reunían en el espacio infinito de los grandes y humildes forjadores de una nueva historia.



¿Qué es un diario mural?

Un Diario Mural es una serie de artículos, dibujos, fotos, etc., que se colocan en la pared.

Para hacer el Diario Mural se coloca una tabla o un marco de madera en la pared, pintado de algún color y con preferencia de rojo o negro. Encima de la madera o dentro del marco de madera se coloca con chinchetas el material necesario para un Diario Mural. Si madera no tenemos, para no gastar dinero se puede hacer el diario señalando un rectángulo en la pared; este espacio sirve para hacer el diario. Para el título de nuestro Diario es más atractivo si se puede poner un pionero con una bandera en la mano y dentro de la bandera escribir el nombre del Diario Mural.

El material que se necesita para un Diario Mural es el siguiente: artículos interesantes, dibujos, etc., recortados de los periódicos; artículos y dibujos hechos por los pioneros, fotos, etc.

Es conveniente abrir una sección en el Diario Mural titulada *Vida del*

Pionero Rojo y poner allí todas las convocatorias de las reuniones y todo lo que se relaciona con la vida del Pionero Rojo.

Es conveniente, para el bien de la organización, que todas las secciones de pioneros tengan un Diario Mural.

RUTH, pionera





Niños de la España Roja

Frascito es un niño andaluz, de Málaga. En Andalucía un niño que se llama Francisco lo pueden nombrar de muchas maneras: Francisquito, Francisquillo, Franciscuelo, Paco, Paquito, Paquillo, Pacorro, Frasco, Frascuillo, Frascuelo y Frascito.

A nuestro héroe le llamaban Frascito. Su padre y su madre eran labradores de un cortijo de las cercanías de Málaga. El amo de la cortijada era un señorito fascista amigo de toreros y de gente de mal vivir.

Nuestro Frascito no sabe leer ni escribir. De muy chiquito ya le dieron un puñado de ovejas y un zurrón con pan y tocino y bellotas y le mandaron a la sierra a apacentar el ganado.

Su mayor ilusión era llegar por la noche al cortijo y comer las gachas y las migas que su buena madre le preparaba.

Algún día de verano le guardaban gaspacho del mediodía, que él saboreaba como el mejor de los manjares.

—¿No sabéis lo que es gaspacho?

Pues es tomate, pepino, cebolla, todo crudo a trocitos, bañado de agua fresca con un poquito de sal, aceite y vinagre.

Frascito no era feliz. El hubiera querido comer cosas buenas que había en la mesa del señorito cuando éste daba en el cortijo algunas de sus francachelas.

Le hubiera gustado vestir como el nene del señorito, Juan Gonzalo, un niño delgadito y muy mono, pero que siempre estaba enfermo y no podía correr, pero a pesar de eso siempre vestía de seda y llevaba zapatos y calcetines.

Un día, sin saber cómo ni cuándo, Frascito vio que su padre cogía una escopeta y se fué a tirar tiros contra muchos señoritos y curas y guardias civiles que habían en la ciudad.

Cuando los labradores volvieron al cortijo —no todos volvieron— trajeron zapatos y calcetines y libros y buena comida para los niños que había en la cortijada.

A Frascito le dieron de todo y se puso muy contento.

Desde entonces ya no tuvo que encaramarse en las espinosas chumberas para poder comer higos chumbos.

De la despensa del antiguo señorito fascista se sacaron todas las buenas provisiones.

Un camarada de la ciudad que trabajaba en un despacho daba lecciones a los rapaces y éstos empezaron a aprender a leer y a escribir.

Era la REVOLUCION que avanzaba a galope tendido.

Un día volaron sobre el cortijo unos pajarracos de alas negras y tiraron unas bolas de hierro que al caer al suelo hicieron un gran ruido y se rompieron y los trozos de hierro mataron a tres niños, amigos de Frascito, un par de ovejas y un caballo que estaba comiendo hierba.

En el cortijo hubo un gran susto.

A las mujeres y a los niños les llevaron a Málaga a lomos de borriquillos y los alojaron en una casa que antes era un convento de monjas.

En Málaga estuvo Frascito muchas semanas en el convento con otros muchos niños y niñas de otros pueblos de Andalucía.

MAC

En nuestro próximo número terminaremos el relato de las aventuras del pastorcillo andaluz Frascito Giménez.



—¿Quieres jugar conmigo?

—No, soy ya demasiado grande para jugar; prefiero leer EL PIONERO ROJO.

Un peluquero había hecho pintar sobre su comercio una larga y lisongera inscripción. Pero después de reflexionar, puso a manera de P. D.: «Si no sabéis leer, dirigiros al escribiente público que está en la acera de enfrente.

Pionero Rojo

es el órgano de los niños obreros y campesinos.

Educa divirtiendo



—¡Niño travieso! ¿Has tocado la pintura?

—Oh, no, mamá!

Cosas del pasado y del presente.....



Estos ociosos pierden el tiempo emborrachándose en vez de instruirse o divertirse dignamente.



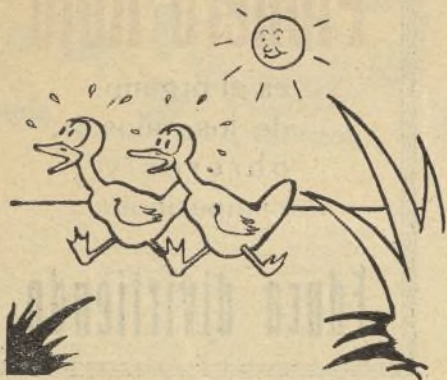
Este señor no se cansa y cobra sueldos elevadísimos.



Todo lo contrario: este obrero trabaja mucho y penosamente y cobra un salario miserable.

..... pero seguramente no será así el mañana del proletariado.

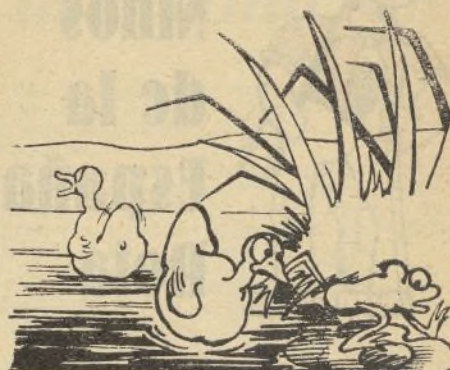
La mala aventura de dos patos



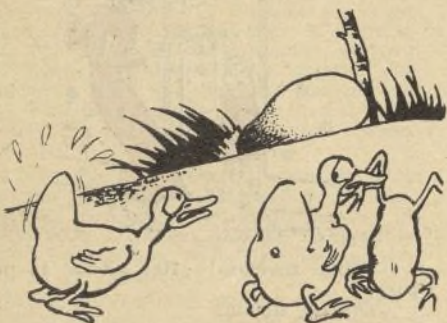
Eranse una vez dos patitos
Que a jugar al lago fueron juntitos.



Una vez que allí llegaron
De cabeza en él se echaron.



Uno de ellos una rana cazó
Y comérsela sólo pensó.



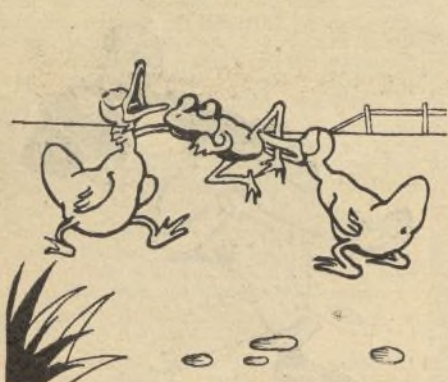
Pero el otro se enteró
Y su parte reclamó.



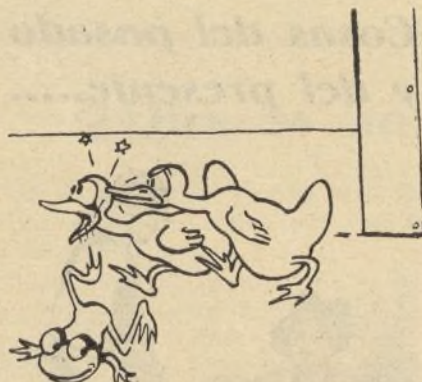
Y no queriéndosela dar
La rana quiso robar.



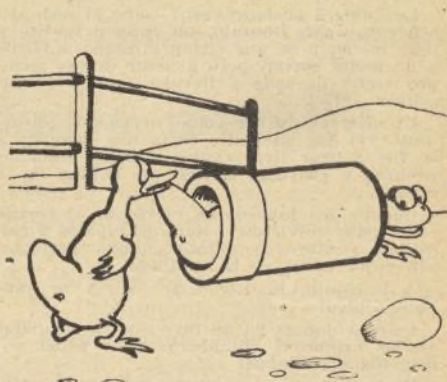
Cogiendo a la rana por los brazos
Quisieron hacerla pedazos.



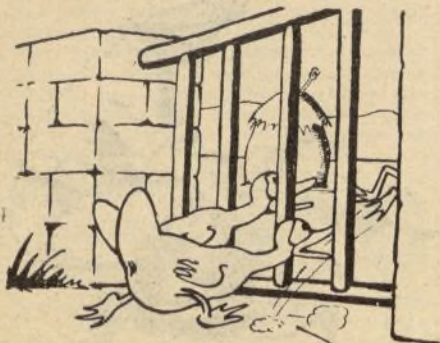
La rana se defiende
Y ahogar un pato pretende.



Por ponerse a reñir
La rana consigue huir.



Dentro de una tubería
Prosiguen la cacería.



Persiguen a la rana con fiereza
Metiendo en una reja la cabeza.



El colmo de la mala pata.
Llega el cocinero y los mata.



Dos meses en cama estuvo
La rana del susto que tuvo.

SECCION HUMORISTICA

El célebre filósofo y escritor J. J. Rousseau tenía como vecino un viejo avaro que poseía una biblioteca magnífica. Un día le mandó su criado rogándole que le prestase un libro que necesitaba para su trabajo. El viejo contestó que tenía por principio no dejar salir ningún libro de su casa, pero que si él quería ir a leer allí, ponía toda la biblioteca a su disposición.

Unos días más tarde el viejo mandó su criado para que le dejaran una regadera. Rousseau contestó que tenía por principio no dejar salir ninguna regadera de su jardín; no obstante, si éste quería venir a regar en su jardín, le dejaría todas las regaderas que había en la casa.

—Juanito, límpiame las botas—dice una madre a su hijo.

—No vale la pena, mamá — contesta Juanito—, ahora saldré a la calle y volveré a ensuciármelas.

La madre no dice nada. Llega el mediodía y Juanito pide la comida.

—No vale la pena—le dice su madre—que comas ahora, porque esta noche también tendrías hambre.

Un americano está contando sus aventuras.

—Una vez me encontraba en el desierto con un negro; ya hacía quince días que no comíamos y no podíamos tenernos de pie; estábamos casi agónicos. Por suerte, ocho días más tarde encontré una caravana y proseguí el camino con ella...

—¿Cómo! ¿No decía que hacía quince días que no comíamos y que estábamos casi en la agonía y pudisteis aguantar ocho días más?

—Perdóneme, es que se me había olvidado decir que me comí el negro.

Pepín ha robado y se ha comido manzanas verdes.

Su madre le riñe mucho y Pepín rompe en sollozos.

—¡Ah, ah!—dice la madre—. ¿Tienes remordimientos?

—¡Oh, sí, mamá, dentro de la barriga!

El profesor.—¿Cuál es la utilidad de la naranja?

El alumno.—Se come.

El profesor.—Claro, comemos la pulpa; ¿pero para qué sirve la cáscara?

El alumno.—Para hacer caer a los transeúntes.

Después de haber cenado opíparamente en un restaurant, un bohemio hace llamar al gerente del establecimiento.

—¿Se ha encontrado usted alguna vez —le pregunta— con un pobre diablo sin medios de poder pagar?

—No, no señor, nunca.

—Y si esto llegase, ¿qué haría usted? —¡Caramba! Le echaría a la calle, dándole con el pie en algún sitio y recomendándole no volver.

Nuestro cliente se levanta, clava su sombrero en la cabeza, se vuelve de espaldas al gerente y levantando los faldones de su levita dice:

—Cóbrese.

En un pueblo de Aragón un miliciano preguntó a un campesino por qué sus cabellos eran blancos cuando su barba era aún negra, y éste contestó:

—Camarada, esto es muy natural: mis cabellos son veinte años más viejos que mi barba.

A los pocos días, en un avance realizado, cogieron al cacique del pueblo, que era fascista y que hacía fuego contra nosotros. Este llevaba casualmente el cabello negro y la barba blanca.

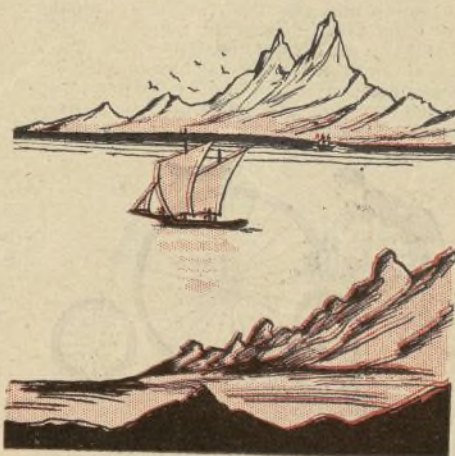
—Y de éste, ¿qué me dices?—preguntó el miliciano al campesino—. ¿Por

qué tiene el cabello negro y la barba blanca?

—Pues, camarada, es un caso normal; este hombre no ha tenido nunca en qué pensar; nosotros trabajamos siempre como esclavos para satisfacer sus caprichos, es natural que una cabeza que no haya reflexionado jamás, tenga el cabello negro. Todo lo contrario ha pasado a su barba, porque siempre se estaba hartando de comer como un goloso; ha sido tanto el trabajo que ha dado a sus mandíbulas, que éstas se han envejecido antes de tiempo y les ha salido el pelo blanco.

Colaboración de los Pioneros

En esta sección se publicarán las historietas y dibujos que nuestros pequeños colaboradores nos manden



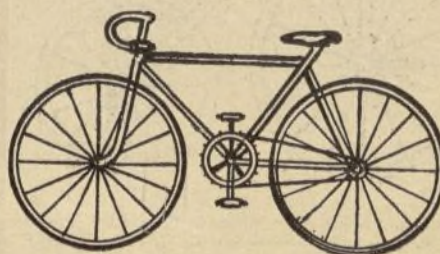
Dibujo del pionero italiano José, de 15 años



Dibujo del pionero Francisco Falsina, de 15 años



Dibujo del pionero A. La Cambra, de 13 años



Dibujo de un pequeño ciclista.... que no sabe montar en bicicleta

PIONERO ROJO

Precios de subscripción

	Año	Semestre
España.	Ptas. 7,50	4,—
Extranjero.	Frs. 10,—	5,—



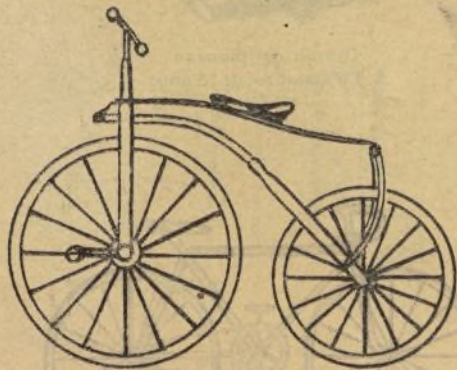
Seguramente que muchos de nuestros lectores son ciclistas. Estos disponen de una cómoda bicicleta cuyo peso puede ser solamente de 8 kilos y provista de iluminación eléctrica. Los que no la tienen, es seguro que la conocen y la desean. Creo que la Revolución procurará satisfacer este deseo íntimo de los pequeños proletarios.

Pero no todos conocen la historia de la bicicleta, porque también ésta tiene su historia. La primera bicicleta, parecida a la actual, hizo su aparición en el año 1891 y estaba provista de neumáticos y de los otros órganos esenciales.

El primer tipo salió hace más de cien años, en el año 1791, inventada por el francés de Sivrac, y avanzaba impulsado por los pies en tierra; éstos servían también para mantener la máquina en equilibrio. Se denominaba «celerífero» y estaba constituido por dos ruedas reunidas entre ellas por un soporte rígido. En el año 1818 un tal Drais construyó una máquina similar, pero más perfeccionada, la «draisiennne», en la cual se ve la primera idea del inventor, que tenía que hacer articulada la rueda anterior. En el año 1861



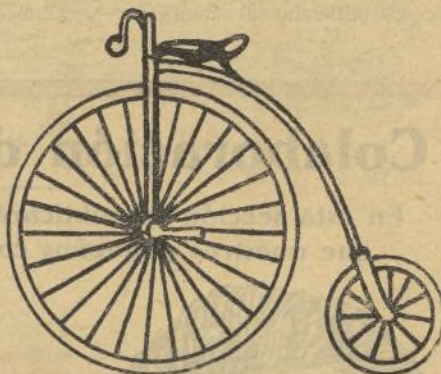
el francés Michaux aplicó a la rueda anterior unos pedales, con los cuales era posible dar a la máquina un movimiento continuo. En 1869 se ve la aplicación de cojinetes a esferas; en 1877 la de la goma maciza y de los rayos metálicos. Pero la velocidad de la máquina dependía siempre en proporción del desarrollo de la rueda motriz anterior. De aquí aquellas bicicletas con una rueda delantera tan alta, que obligaba al ciclista a hacer la más audaz de las acrobacias para subirse en el sillín. Fué la necesidad de reducir la altura que hizo pensar en primer lugar en la transmisión por cadena. Era una rueda dentada, provista de pedales, fijada en la forca; por medio de una cadena, transmitía el movimiento al piñón de la rueda delantera. De esta innovación a la moderna rueda motriz poste-



rior, el paso sería breve; de hecho, en 1885 hacía su aparición la bicicleta dicha de seguridad, con transmisión de cadena.

En los principios, la bicicleta fué la pasión y el privilegio de algunos ricos, porque era cara y muy poco cómoda. Hoy día es un instrumento de trabajo, medio

utilitario de transporte, que puede ser poseído por cualquier trabajador. Con la bicicleta se va al trabajo donde se produce para la colectividad, y al mismo tiempo ganarse lo necesario para vivir;



con ella se pueden hacer también paseos y excursiones y, si le gusta a uno, la vuelta al mundo. Yo solamente me he contentado con hacer la vuelta a Europa, cuando tenía 16 años, lo que representan muchos miles de kilómetros que hice con muy poco dinero en el bolsillo; me hubiese gustado hacer la vuelta al mundo, pero como había terminado mi dinero, la he aplazado hasta que tenga 80 años, para hacerlo junto con mis futuros hijos y sobrinos, con los cuales haré competencia para ver quién llega primero.

A propósito de competencia, la primera carrera ciclista tuvo lugar en Milán, el 18 de diciembre de 1870. Mas las dos ruedas eran cercadas de hierro y de un peso de 80 kilos (hoy toda la bicicleta sólo puede pesar 8 kilos).

Ahora las competiciones ciclistas son numerosas, bellas e interesantes, pero, como siempre, la burguesía las ha transformado en un medio de lucro y de profesión. El triunfo del proletariado marcará el fin de la esclavitud deportiva a los intereses capitalistas.

Y a propósito de la competición futura que he de hacer a los 80 años, espero que entonces habrá bicicletas que volarán en el aire y creo que será el único medio para que yo pueda seguir.

NIÑOS DE ESPAÑA Y DEL MUNDO.



Grupo de Pioneros Rojos, de Gracia



Francisco Urieta Valero, de año y medio
Su padre murió en la Plaza Universidad el 19
Julio de 1936, por la defensa del proletariado



Pequeños amigos africanos